Bajo conmigo al infierno

Antonio Civantos

Baja conmigo al infierno

Antonio Civantos

Avant
editorial

Primera edición, mayo de 2016
© Antonio Civantos, 2016

Corrección: Angela Jiménez Font
Diseño portada: Leopoldo Torroba

Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-608-7870-4
IBIC: FF

Imprime Estugraf
Impreso en la Unión Europea

A la memoria de mi amigo Juan Figueroa

1

Le dije a Max que yo mismo me encargaría de comprar los puros. Eran las diez de la mañana y, al salir a la calle, sentí en la cara el manoseo frío y húmedo de la lluvia. Menos mal que Max me previno en el desayuno contra la ferocidad del tiempo y tuve la precaución de ponerme el impermeable morado de los días infames. Aun así, estuve a punto de morir ahogado antes de parar un taxi en la calle Barquillo. Sin embargo, el tráfico me pareció de una agilidad serpentina, casi milagrosa. El puente del Uno de Mayo y el agua caída habían dejado Madrid tan vacío como un desierto escarchado. Era sábado y apenas se distinguía más de media docena de paraguas por la calle.

El taxi me dejó en la Avenida de América, a la misma puerta de El Globo. Al salir del coche, los huesos de las rodillas me crujieron como las cuadernas de una goleta vieja en plena tormenta. Hace tiempo que algunas piezas de mi esqueleto han dejado de estar suficientemente engrasadas para una descarga de humedad de tanto voltaje.

Al entrar en el edificio del periódico, una joven demasiado delgada para defenderse en la vida me dio el alto desde la trinchera de un mostrador al estilo de los viejos hoteles. Me fijé en que llevaba las uñas pintadas de un verde eléctrico, lo mismo que los ojos, como ese verde limón que lucen las libélulas en primavera. Dos coletitas en tonos rubios le daban un aspecto de cole-

giala inocente a punto de perderse la clase de Química. Cuando le dije quién era, su voz sonó como un agudo solo de flauta.

—Sí, en efecto, señor Blume, la redactora jefe lo está esperando. Por favor, si es tan amable, entre en la sala y al final del pasillo de la derecha se encontrará con su despacho.

La última vez que pisé la redacción de un periódico fue en el año sesenta y dos, casi en el pleistoceno, cuando mi padre, por entonces embajador español en la ONU, me llevó al Herald Tribune para visitar a Jimmy Breslin, un periodista muy amigo suyo. Un tipo simpático ese Breslin; creo recordar que escribía sus reportajes como si fueran novelas y me consta que tuvo un gran éxito por aquella época. Es posible que hoy ya no haya sensibilidad, ni en el lector ni en el editor, para poner de moda un estilo que supura literatura por los cuatro costados.

Pero algo faltaba en aquel lugar tan silencioso. Enseguida caí en la cuenta de que era el ruido de las máquinas de escribir lo que echaba de menos. Ese tecleo discreto de los ordenadores creaba un ambiente como de convento de clausura. Tampoco había humo de tabaco, ni ceniceros con las colillas a punto de lanzarse al vacío ni botellas de güisqui asomando por los cajones de las mesas. Me pareció imposible que alguien pudiera poner un poco de música literaria en aquel ambiente demasiado aséptico y monacal, por así decirlo.

El despacho de la redactora se abría, diáfano y transparente, al fondo de aquella nave inmensa llena de mesas alineadas, ordenadores parpadeantes en azul y blanco, y todos aquellos periodistas que no habían tenido la suerte de marcharse de puente. Llamé a la puerta con la delicadeza de unos nudillos que no deseaban mostrarse más evidentes de lo necesario. Una mujer morena de ojos grandes y negros se sentaba detrás de una mesa grisácea y con un exceso de metal para mi gusto. La joven tendría, así, en primera instancia, no más de cuarenta y cinco años

ni menos de cuarenta dos. Una auténtica niña si la comparásemos con un vejestorio de sesenta como yo.

—El señor Blume, supongo —dijo ella, esbozando un ligero mohín que bien podría haber sido una sonrisa con algo más de voluntad por su parte.

—Ciro Blume, para servirla —contesté algo inquieto por una presencia femenina de tan alto calado. Nunca he logrado tranquilizar los nervios delante de una mujer que merezca la pena. Y ésta la merecía. Ya lo creo.

—Soy Dolores Colomer, pero todo el mundo me llama Lola —me dijo, al tiempo que me ofrecía una mano larga y enérgica, como acostumbrada al mando—. Siéntese, por favor.

En ese momento, el teléfono de su mesa comenzó a sonar con un brío demasiado impertinente para lo que estoy acostumbrado. La redactora jefe lo descolgó con un gesto tan preciso y decidido como sólo una mujer de carácter puede llegar a conseguir. Un gesto perfeccionado a fuerza de constancia y muchas horas de entrenamiento profesional. Me dediqué a observarla detenidamente, y, por supuesto, a tratar de adivinar qué querría de mí una mujer tan aparente como ella; qué digo aparente, como de otro mundo sería lo más justo.

Lola Colomer, mientras hablaba de no sé qué entrevista con no sé quién, golpeaba su bloc de notas con un bolígrafo plateado; tenía una voz fuerte, casi masculina, algo autoritaria para mi gusto y un poco arrogante. Se trataba sin duda de una mujer con convicciones firmes y, sobre todo, con el imperativo necesario de saber defenderlas con la pasión suficiente como para salir victoriosa. Claro que, a lo largo de mi vida, me he tropezado con varias mujeres igual de temperamentales y recuerdo que alguna se deshizo como un helado al sol cuando la vida le vino a la contra con todo su bagaje de malas intenciones. A veces me he preguntado si no somos todo lo contrario de lo que

astutamente representamos. De cualquier forma, Lola Colomer me dio la sensación de ser una mujer imponente en todos los aspectos; tal vez fuese que el flujo gatuno de sus pómulos, tan marcados y anchos, su excesiva rebeldía pectoral, más el brillo de unos ojos grandes y negros y, como digo, ese tono de voz suyo tan masculino, crearan en mí una impresión de mujer invencible y casi inabordable.

Una vez terminado el carrusel de llamadas telefónicas –conté al menos tres o cuatro seguidas–, me dijo que estaba de guardia todo el puente y que, probablemente, nos molestarían alguna vez más. Pero cuando decidió disparar al corazón del asunto, me llevé una sorpresa que bien podría calificarse de deliciosa; tanto me emocioné que hasta los huesos de la rodilla me dejaron de doler.

—Señor Blume, quiero que investigue la desaparición de mi marido.

—¿Y quién es su marido?

—Pablo Gomá, director del Museo del Prado. Desapareció hace cinco meses, justamente en la noche de Reyes. ¿No lo recuerda?

Claro que lo recordaba, pero ignoraba que Pablo Gomá fuera el marido de aquella mujer. La verdad es que seguí el caso por la prensa con mucho interés, un interés puramente profesional, pero me dio mucha rabia desconocer la relación de parentesco del desaparecido con la redactora jefe de El Globo. Estaba seguro de que una noticia así la debieron divulgar hasta el hartazgo todos los medios de comunicación, como suele suceder en estos casos. Tal error por mi parte revelaba sin duda todo un síntoma de que la vejez, agazapada como un león hambriento bajo mi sombra, había comenzado el asalto definitivo de la memoria, el otro valor de prestigio que de verdad merece la pena conservar. No obstante, me prometí a mí mismo que aquella

chica no percibiría el hedor de la decadencia que empezaba a filtrase por cada poro de mi piel acartonada.

—Por favor, ¿querría contarme lo que ocurrió esa noche?

Nada más empezar su relato, traté de descubrir alguna lágrima, por leve que fuera, en cualquiera de sus ojos, pero ambos permanecieron como dos charcos secos en un verano caluroso. Confieso que semejante dureza femenina me castigó el hígado hasta dejarme tumbado en la lona. Quiero decir que tanta templanza me hirió en lo más profundo de mi masculinidad. Otro síntoma de que la vejez empezaba a reinar en mi vida con demasiada soltura y total impunidad.

Lola Colomer, con ese tono de voz que cada vez ponía más en evidencia una gran seguridad para aquellas circunstancias, me contó que su marido, tan considerado y meticuloso en todas sus cosas, de haber decidido desaparecer voluntariamente, al menos habría dejado unas líneas explicando el motivo de su decisión.

—Pablo es incapaz de tomar por sí solo una medida tan drástica. Además, él estaba encantado con su trabajo. Llevaba cuatro años como director del Prado, y ese cargo había sido el sueño de toda su vida. El arte y los juguetes electrónicos eran sus únicas pasiones.

—¿Juguetes electrónicos?

Lola Colomer me contó que su marido era gran aficionado a crear esa clase de juguetes que funcionan a base de células fotoeléctricas y mandos a distancia, y que aquella misma noche, la noche de Reyes, como a ella también le tocaba guardia en el periódico, su marido decidió pasarse por el despacho del museo, donde tenía que cerrar unos presupuestos y, al parecer, rematar también unos juguetes que al día siguiente había prometido regalar a sus sobrinos. La pareja, en diez años de matrimonio, no había conseguido tener hijos, según me contó aquella mujer al

tiempo que miraba para otro lado, como si no estuviera segura de lo que decía.

—Sus dos sobrinos, de diez y once años, significaban mucho para él. Son hijos de Laura, la hermana de Pablo, viuda hace ya tres años. Su marido murió de un infarto fulminante. Una desgracia. Pablo, desde entonces, fue como un padre para ellos. Señor Blume, lo que trato de decirle es que probablemente mi marido fue secuestrado esa noche.

—¿Alguien se ha puesto en contacto con usted para exigirle un rescate?

—No, señor, nadie nos ha exigido un rescate.

—¿Quién fue la última persona que lo vio?

—Un guardia de seguridad del museo que lo acompañó hasta el despacho. Todo está grabado en las cintas de vídeo. Sin embargo, nadie lo vio salir. Ni tampoco las cintas han grabado su salida. No hay explicación posible. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. El juez ordenó que el despacho fuera registrado a fondo con el fin de encontrar alguna salida secreta, pero todo fue inútil.

—¿Alguna ventana indiscreta?

—La ventana estaba cerrada por dentro e intactos tanto los cristales como las rejas exteriores. No pudo salir por la ventana.

—¿Y quiere usted que yo busque a su marido?

—Le pagaré todo lo que me pida.

—¿Su cuñada está de acuerdo?

—Al principio no estaba muy convencida, pero al final accedió.

La redactora se levantó de la mesa y fue hacia un armario que ocupaba casi toda la pared de su derecha. Me fijé en que era una mujer esbelta, tal vez demasiado delgada, aunque me pareció ver que estaba muy bien ajustada de piernas, con unos vaqueros seguramente de alta gama. La verdad es que daba la

impresión de tener un cuerpo flexible y deliciosamente escurridizo. No recuerdo muy bien lo que llevaba puesto por arriba, tal vez una camiseta azul marino o algo por el estilo, pero sí recuerdo que unas zapatillas deportivas de color blanco le daban un inquietante aspecto de jovencita traviesa. En realidad, todo le sentaba a la perfección. Y por la sonrisa burlona que se le quedó colgando de su labio inferior, deduje que la redactora se había dado perfecta cuenta del repaso visual que acababa de propinarle.

Lola Colomer sacó del armario un maletín negro, lo abrió sobre la mesa, extrajo una carpeta y me la entregó. Era un completísimo dossier sobre la desaparición de su marido. Había recortes de prensa, fotografías de todos los interrogados por la policía, sus domicilios y teléfonos y, lo que es más importante, una copia de las diligencias judiciales. Examiné aquel material por encima. Impresionante.

—¿Le era usted fiel a su marido? —le pregunté a bocajarro.

Se lo tomó como si le hubiera lanzado un gancho directo al hígado. Y aunque estoy seguro de que la pregunta ya se la habían formulado más de una vez, es posible que fuera mi tono, intencionadamente chulesco y tendencioso, la razón de que se tambaleara toda la fortaleza y el coraje que había mostrado hasta el momento, si bien no tardó demasiado en recomponer su ánimo y levantarse de la lona como si nada hubiera pasado.

—¿Quiere saber si mi comportamiento pudo inducirle a desparecer o, por ponernos en lo peor, a quitarse la vida? —me preguntó a su vez, enarcando las cejas y como aceptando el envite.

Estaba un poco tocada en su orgullo y estuve a punto de retirar mi pregunta, pero es que una mujer así, de tanto atractivo físico, independiente, inteligente, con demasiado poder en sus manos, era capaz de volver loco a un regimiento de hombres tan

triunfadores como ella. Y no hablemos de los infinitos perdedores que estarían dispuestos a inmolarse por cualquier esquirla del más insignificante de sus huesos. En realidad, si ella tuviera alguna vez que ver conmigo, Dios no lo permita, estoy seguro de que mi vida se convertiría en un infierno de celos, intranquilidad, desasosiego y un místico vivir sin vivir en mí. No quiero ni pensarlo. Aunque la idea, claro está, no se me iba de la cabeza.

—Señor Blume, mi marido y yo nos entendíamos a la perfección. A su lado fueron seis años de felicidad. Él respetaba mi libertad y yo la suya. Y ahora le debo que el mundo entero conozca la verdad de lo ocurrido. No puedo permitir que las habladurías acaben borrando la dignidad con que siempre vivió.

—Entiendo.

—Entonces, ¿acepta el caso?

Me lo preguntó de tal manera, con tanto encanto y dulzura, que de repente Lola Colomer se transformó, como por la varita mágica de un hada madrina, en una mujer angelicalmente ingenua, adorable y de una debilidad tan inesperada y repentina que demandaba ser protegida al instante. Si yo hubiera tenido como un par de siglos menos, estoy seguro de que me habría enamorado de ella sólo por el tono arcangélico en que había envuelto su pregunta, sin tener en cuenta la sonrisa de súplica que colocó justo sobre el punto suspendido de la interrogación. Cualquier hombre de este planeta se habría postrado a sus pies sin el menor asomo de remordimiento. Quiero decir que fui yo quien entonces quedó noqueado sobre la lona. Tan grogui como Sonny Liston en aquel combate fugaz contra Casius Clay, si es que alguna vez tuvo lugar ese combate. Reconozco que tardé más de lo habitual en reponer el aire de mis pulmones; después recé para que no se diera cuenta del parpadeo de lechuza que, como un tic de pelele enamorado, debió desfigurar mi cara durante la eternidad de unos segundos. Sin embargo, procuré

rehacerme lo más dignamente posible de mis heridas, como el hombre que siempre había sido.

—¿Su marido tiene enemigos políticos? —traté de balbucear sin conseguirlo.

—¿Cómo dice, señor Blume? —dijo ella, abusando otra vez de su sonrisa.

—Le pregunto por los enemigos políticos de su marido.

—Pablo nunca perteneció a ningún partido. Verá, cuando le nombraron director del Prado casi le tuvieron que obligar a aceptar el cargo, y eso que siempre había soñado con ese momento. Incluso Pompilio Sevillano, el ministro de Cultura de entonces, tuvo que venir un par de veces a nuestra casa para convencerlo. Y es muy difícil mantener un pulso con todo un ministro. Lo convenció al decirle que, después de un mandato tan largo y polémico como el del antiguo director, el Prado necesitaba, no otra «prima donna», ésas fueron las palabras de Sevillano, sino a un hombre sencillo y trabajador que impusiera un cierto grado de modernidad. Ante esa razón, Pablo no tuvo más remedio que claudicar. Dígame, señor Blume, ¿aceptará el caso?

Sólo por no perderme su elocuente gesto de agradecimiento hasta habría investigado, de habérmelo pedido, los atentados del 11M, gratis y sin chaleco antibalas. Claro que, si he de ser sincero, desde el principio supe que aceptaría el trabajo. No estaban los tiempos como para tirar una bicoca así por las alcantarillas.

Enseguida quedamos de acuerdo en el asunto espinoso de los honorarios. Se notaba que era una mujer de posibles y altamente generosa. Le prometí que al día siguiente le mandaría un contrato para que lo firmase.

Nos despedimos con otro apretón de manos.

Cuando salí a la calle, aún llovía más que antes. Encontré una cervecería a unos metros de la puerta del periódico y entré a tomar un aperitivo. Eran las doce del mediodía y necesitaba

hidratar mis ideas lo más rápidamente posible, pero sobre todo me resultaba imperioso reponerme del directo a la mandíbula que me había lanzado la redactora. Esos golpes tan femeninos y como fabricados de puro marrón glasé solían acertar en mi esqueleto justo en el punto más débil. Empecé a sospechar si no me habrían noqueado para una buena temporada. Me dije que ya no eran edades para entablar estos combates entre púgiles de pesos tan diferentes, ya que por desgracia siempre suele perder el más iluso. Sinceramente, hacía tiempo que no me cruzaba con una mujer de tanta presencia y, sobre todo, de tan alto calado en asuntos de inteligencia. No entendí muy bien cómo pudo enamorarse de un hombre que en sus ratos libres se entretenía construyendo juguetes electrónicos. La tercera cerveza tampoco consiguió aclararme las ideas.

2

Max, al sentir el sonido de las llaves de la puerta, salió de la cocina para venir a mi encuentro. No tardó en preguntarme, con el tono más escéptico que pueda oírse, si por fin había comprado los puros. Ni siquiera unas cuantas justificaciones de lo más convincentes sirvieron de gran cosa, todo lo contrario, pues empezó a recriminármelo agriamente, como si algún incidente mañanero le hubiera puesto de mal humor. Sin embargo, no tardó en mostrar una sonrisa de ardilla avarienta cuando comprendió por mis modales que teníamos trabajo. El olor del dinero, la verdad sea dicha, suele contagiarme ínfulas de aristócrata inglés, y Max parece obligado a sufrir una detallada y estudiada metamorfosis con respecto a su estatus laboral dentro de la casa. Por ejemplo, en lo que a mí se refiere, lo primero que hice fue ponerme la bata roja de seda, las zapatillas de cuero y servirme un oporto blanco como aperitivo, al tiempo que Max volvía a la cocina entre disculpas y con la solemne promesa de que en unos minutos me premiaría con una «crema de la reina» y la mejor «espalda de cordero à la boulangère» que se pueda comer, dos recetas francesas que Max aprendió y perfeccionó en su antiguo restaurante, antes de que el negocio se precipitara por el agujero negro de una quiebra anunciada. A Max le gustaba ensayar una pose pedante, profesoral y hasta un punto inaguantable cuando trataba de menoscabar los logros de la nueva cocina.

—Hay que abandonar a ese catalán corruptor de fogones —solía decir a la menor provocación— y volver a la senda del maestro Escoffier, que ha sido el más grande de la historia. Sin olvidarnos, naturalmente —y en este momento miraba al cielo al tiempo que se santiguaba—, de mi colega Ludovico Sánchez, un verdadero maestro en la especialidad africana del rancho militar y uno de los mejores cocineros que hayan pasado por la gloriosa Legión Española.

Al pobre Max, en el fondo, le gustaba esa pose de cocinero reaccionario con la que le habían tildado sus colegas; y como en los últimos meses había disfrutado de tiempo para la lectura, se había documentado a conciencia acerca de la historia de la cocina francesa y se tenía por uno de sus más abanderados paladines. Claro que la experiencia culinaria de Max no es lo que se dice un cúmulo de beneplácitos. Todo el mundo sabe que empezó a tomarle apego a la cosa de los fogones en las cocinas de la Legión, cuando aquello del Sahara, y, cinco años después, en las de la cárcel de Carabanchel, donde se hospedó durante más de diez años por haber seccionado de un tajo magistral la yugular de su señora esposa, quien había perdido el sentido por culpa de un viajante de mocasines de Monóvar.

—¡Max! —le grité desde el comedor—. ¿Ha llamado alguien esta mañana?

—La señora Blume —me respondió, asomando su calva rosa de pelirrojo por la puerta—. Quiere que la llame.

¡Dios santo! ¡La señora Blume! Hasta tuve que hacer un esfuerzo para recordar que, en otra casa de Madrid, habitaba una señora Blume. Hacía al menos casi tres meses que no sabía nada de ella.

Desde luego, los pronósticos de mis amigos fueron de una exactitud suiza. A los dos meses de mi matrimonio con la actriz Lula Bordell, la convivencia conyugal se convirtió en algo así

como un continuo desembarco de Normandía. Yo era su quinto marido y, después de los primeros quince días de luna de miel, empecé a vislumbrar en ella una cierta tendencia a toda clase de torturas domésticas. Eso sí, todas muy refinadas y terriblemente eficaces. Claro que después de excesivos años de soltería por mi parte, unos sesenta aproximadamente, sin ninguna experiencia matrimonial, me había convertido en un ser inservible para convivir en armonía con alguien de mi especie, al menos en un hábitat inferior a la superficie de cualquier provincia española. Max, mi cocinero y mayordomo, no cuenta para la estadística; el pobre debería ser considerado como un eslabón menor en la categoría de homo sapiens.

De manera que una noche, harto de que Lula me pringara la cama con toda clase de cremas oleaginosas, le planteé una convivencia a distancia, es decir, ella en su casa –tuve la suerte de que aún conservara su piso de viuda negra–, y yo en la mía, con medio Madrid de por medio. Al principio rezongó durante unos días, resistiéndose, como una gata sobre un tejado de zinc caliente, a perder ese estatus de capitana de la tropa aragonesa adquirido en su guerra particular contra un quinto marido asustado, indefenso y, sobre todo, desentrenado a todas luces en estos menesteres. No obstante, sin saber muy bien por qué, aceptó el acuerdo a regañadientes. Sabe Dios qué lógica femenina pudo convencerla, aunque me puso la condición de que sólo nos divorciaríamos en el caso de que se diera un consentimiento mutuo; por otro lado, la libertad sería total para ambos, sin cortapisa alguna, tal y como si estuviéramos solteros. Sin pensarlo un instante, le dije que estaba de acuerdo, y así llevamos casi diez meses. Además, si he de ser sincero, reconozco que las cosas entre nosotros han mejorado en todos los aspectos. Nuestros encuentros, cada vez más esporádicos, ésa es la verdad, se reducen a salidas a cenar en alguna de sus noches libres y, por añadidura,

a alguna escaramuza amorosa de tercera edad, es decir, sin nada que añadir a la ya larga historia del erotismo.

En cuanto terminé de comer, le devolví la llamada. Quedamos a las doce en La Trucha, un restaurante que hay justo al lado del Teatro Español. También me dijo que me dejaría una entrada en la taquilla. A Lula le hizo mucha ilusión que quisiera ver su interpretación de lady Macbeth, como si no hubiera hecho otra cosa las pocas semanas que convivió conmigo.

—Ciro, amor mío, eres encantador —me dijo—. ¡Mucho mejor que mis otros cuatro maridos, que Dios los tenga en su gloria!

—¡Oh, Lula, siempre es un estímulo hablar contigo!

Tenía toda la tarde para trabajar, así que la pasé estudiando los documentos que mi nueva clienta, Lola Colomer, me había entregado. Leí esos papeles una y otra vez por si había alguna circunstancia que desconociera, algún indicio que me llevara por un camino no trillado en exceso. Pero nadie sabía un carajo. Todos los guardias de seguridad declararon que ninguna persona, animal o cosa, salvo el director, entró esa noche en el despacho; incluso uno de ellos, un tal Celso Márquez, aseguraba que, antes de que llegara el señor Gomá, estuvo un par de veces en el despacho «para ver si todo estaba en orden». Esas mismas fueron sus palabras. Nadie por tanto había esperado dentro para secuestrarlo o hacerlo desaparecer como un mago de vodevil. Hasta el comisario de policía, en el informe que entregó al juez, aseguró que sus hombres habían examinado tanto el suelo como las cuatro paredes de la habitación y que no habían encontrado ninguna puerta secreta que hubiera permitido la entrada o salida de nadie.

Curiosamente, lo que más me llamó la atención de la declaración oficial de Lola Colomer no fueron sus respuestas, calcadas a las que me había dado en su despacho, sino las preguntas a